



tud, y abrigaba la confianza de que su madura edad bastaría para corregir á su hijo, sin que fuera necesario hacer uso de la autoridad real. Por lo que hace á Amnon, aunque vivamente indignado contra Absalom por su mala conducta para con la hermana de este, no había querido afligirle con una reprensión, porque le amaba mucho á causa de ser él el primogénito. Esta grande indulgencia por parte de Absalom, precipitó su desgracia. Lo propio sucede aquí. Viendo que le dejaban obrar, marchaba sin cesar á su intento; y bajo la apariencia de palabras proferidas sin intención y con sus maneras afables, se iba acercando á su premeditado objeto.

Siempre han sido los hombres los mismos en todos los países: los medios de decepción, que en nuestros días sirven para seducir á las naciones, fueron siempre empleados por nuestros predecesores.

Levanándose Absalom muy de mañana, se puso á la entrada de la puerta. Y todo el que tenía necesidad de comparecer ante el tribunal del rey, por cualquier asunto, era llamado por Absalom, quien preguntaba: «¿De qué ciudad eres?» Cuando el preguntado respondía: «Vuestro siervo es de tal ó cual tribu,» Absalom le replicaba: «Tu asunto me parece bueno y justo; pero no hay nadie de parte del rey que pueda oírte. ¡Oh! ¿quién me establecería á mí juez sobre la tierra, para que todos los que tienen asuntos pendientes vinieran á mí y yo les administrara justicia?» Y cuando se llegaba alguno á saludarle prosternándose á su presencia, le alargaba la mano, y asíendosela se la besaba. Así es como Absalom lograba ganarse los corazones de los hombres de Israel.

Ya había él mandado secretamente emisarios á todas las tribus, notificando que tan luego como oyeran el sonido de las trompetas, hicieran público que Absalom había sido proclamado rey en Hebron. Para mejor urdir su trama, dijo á su padre: «Iré, si os place, á Hebron, para cumplir los votos que tengo hechos al Eterno, pues cuando tu siervo estaba en Gesur de Siria, hice este voto. Si el Eterno me vuelve á Jerusalem, yo le ofreceré un sacrificio.» El rey David le dijo: «Véte en paz.» Y él

levantándose, se marchó á Hebron. Invitando á que le siguieran doscientos hombres de Jerusalem, estos le acompañaron, pero con buena fe y sin sospechar nada del complot que se tramaba. Mientras que inmolaba víctimas, la conjuración se hizo más imponente y la muchedumbre crecía por momentos.

Bien pronto vino á David un mensajero participándole: «Lo mejor de Israel sigue á Absalom.» Al punto David se retiró de Jerusalem, acompañado de toda su casa, excepto diez mujeres de segundo orden que dejó para que custodiaran el palacio, y escoltado de sus fieles servidores, de sus guardias de honor, los Ceretheos y Feleteos, y seiscientos hombres de Geth, cuyo jefe se llamaba Ethai. El rey quiso persuadir á este á que se sometiera á Absalom con la tropa de sus compatriotas. A esta magnanimidad, el fiel extranjero respondió no ménos generosamente: «¡Viva Jehová! ¡y viva mi señor el rey! En cualquiera parte que el rey mi señor se encuentre expuesto á la vida ó á la muerte, allí estará tu siervo.» David, despues de agradecer aquel desprendimiento generoso y aquella espontánea adhesión, pasó el torrente Cedron, subió llorando y con los piés descalzos y la cabeza cubierta con un velo la pendiente de la montaña de los olivos para adorar en ella á Dios sobre la cima, figurando así á su descendiente, á su Señor y á su Dios, que debía seguir el mismo camino al principio de su Pasión.

Sadoc, el gran sacerdote, había hecho llevar el arca de la alianza; pero David se la hizo volver á la ciudad. «Si hallo gracia delante del Eterno, dijo, Él me la hará ver y también su tabernáculo. Pero si Él me dice: «Tú no eres digno,» entonces que haga de mí todo lo que le agrade.» Al mismo tiempo supo que uno de sus consejeros más íntimos, Aquitofél, que tenía gran fama por su extraordinaria prudencia, hasta el punto que se le consultaba como si fuera un Dios, se había pasado al partido de Absalom. «¡Oh Jehová! exclamó, desconcertad los consejos de Aquitofél.» Mas Cusai, consejero de David, se llegó á él rasgadas las vestiduras y con la cabeza cubierta de ceniza. El rey, que podía



contar con su fidelidad, le mandó á Absalom, tanto para combatir los consejos de Aquitofél, como para traer noticias verdaderas de lo que pasaba; los grandes sacerdotes Sadoc y Abiatar le servirían de confidentes, y sus hijos Aquimaas y Jonathás de mensajeros (1).

La medida de sus sufrimientos aumentó también cuando Siba, primer siervo de Mifiboseth, se acercó á él llevando presentes como para acusar á su señor de aspirar al trono de Jerusalem. David le creyó y lo sintió muchísimo, porque además era hijo de su amigo Jonathás. En su huida, un tal Semei, pariente de Saul, le arrojó piedras y le persiguió, llenándole de maldiciones, y diciendo: «¡Sal, sal, hombre de mala sangre, hombre de Belial! Jehová te ha dado toda la sangre de la casa de Saul por cuanto tú has usurpado su reino, y Jehová ha entregado el reino á tu hijo Absalom; y hé aquí que te atormentan los males que has hecho, porque eres hombre de mala sangre.» Entonces Abisai dijo al rey: «¿Por qué ese perro muerto ha de maldecir al rey mi señor? Iré y le cortaré la cabeza.» Pero el rey dijo: «¿Qué hay entre vosotros y yo, hijos de Sarvia? Dejadle que maldiga, porque Jehová le ha ordenado maldecir á David. ¿Y quién se atreverá á preguntar por qué lo ha hecho así?» David sabía perfectamente que Dios no manda hacer mal, y que cuando lo permite es solamente para que de él resulte un bien mayor. David veía en Semei un instrumento de Dios. «Veis, añadía, veis que mi mismo hijo, que ha salido de mis entrañas, quiere quitarme la vida; ¿cuánto más ahora el hijo de Jemini? Dejadle que maldiga conforme á la orden de Jehová. Quizá el Señor mirará mi aflicción y me volverá bien por las maldiciones de este día.» En estas disposiciones huía un hijo sedicioso, y que sin embargo, encorbaba su cabeza bajo la mano de su Padre celestial (2).

Siempre se ve en David la humildad y la prudencia, unidas á la más humilde piedad. Sorprendido por una revolución formidable, empieza por tomarse tiempo para reconocerse; y abandonando á Jerusalem, donde el rebelde de-

bia venir al instante con mucha fuerza para dejarle sin recursos, se retira á un lugar solitario del desierto con lo más escogido de su ejército. Como siente la mano de Dios, que le castiga según la predicción de Nathan, vuelve á la verdad con la humillación que conviene al que ha faltado á su Dios, retirándose á pié y llorando amargamente, cubierta la cabeza y reconociendo el dedo del Señor. Pero al mismo tiempo, sin olvidarse de su deber, porque habiendo visto que todo el reino estaba en peligro con motivo de esta revolución, había dado todas las órdenes necesarias para asegurarse de aquellos á quienes él tenía por sus más fieles servidores, como las legiones que sostenía de Feleteos y Ceretheos, y la tropa extranjera de Etai y Esteem, y la de Sadoc y Abiatar con su familia. Cree que recibirá aviso de los movimientos de los revolucionarios y que destruirá sus maquinaciones, principalmente las de Aquitofél, que era el más temible (1).

Absalom entró en Jerusalem con toda la multitud que le acompañaba. Aquitofél le da un consejo infernal, que era el de abusar públicamente de las mujeres de su padre, que habían quedado en el palacio.

Por este medio quería deshonorar á David á los ojos de su nación, y hacer imposible toda reconciliación entre él y sus hijos, á fin de no tener que temer para sí el castigo de los traidores (2). Le da un segundo consejo, cuya ejecución hubiera afirmado, según las apariencias humanas, el reino de Absalom. Quería sorprender á David durante la noche, derrotar al pueblo que estaba con él, y matar al rey con doce mil hombres escogidos. Absalom aceptó el consejo; sin embargo, quiso oír la opinión de Cusai, el cual habló contra aquel con mucha elocuencia y buen resultado. Hizo presente á Absalom, que su padre era un valiente, un héroe, como asimismo los hombres que le acompañaban, y que era peligroso exponerle todo á los azares de una batalla, cuyo éxito había de decidir los destinos de su pueblo. Sería mejor reunir desde luego todo Israel, desde Dan hasta Ber-

(1) 2 Reg., 15, 1-37.

(2) Ibid., 16, 1-14.

(1) Bossuet, *Polit.*, lib. IX, art. III, prop. 5.

(2) 2 Reg., 16, 20-23.



sabée, innumerables como las arenas del mar, y caer sobre David como el rocío cae sobre la tierra, para que no pueda escapar ni él ni ninguno de los suyos. En cualquiera ciudad que entre, todo Israel rodeará las murallas con cuerdas, y nosotros le arrastraremos dentro del torrente sin que de ella quede una pequeña piedra. Absalom y sus consejeros aprobaron este dictámen. Cusai hizo saber el resultado de la liberación á los sacerdotes Sadoc y Abiatar, y estos, por medio de mensajeros á David, aconsejaronle no permanecer en los llanos y si pasar el Jordan.

Estos mensajeros eran Aquimaas, hijo de Sadoc, y Jonathás, hijo de Abiatar, los cuales se detuvieron á alguna distancia de la ciudad cerca de una fuente. Una criada, fingiendo que iba á sacar agua, les dió aviso de todo; pero un niño los vió y se lo dió á Absalom. Iban perseguidos, y cuando ya estaban para ser cogidos,

se entraron en la casa de un hombre que tenía un pozo á la entrada, y se ocultaron en él. La mujer de este hombre puso una manta y la extendió sobre el pozo, como para indicar que estaba secando grano. Y cuando las gentes de Absalom le preguntaron: «¿Dónde están Aquimaas y Jonathás?» respondió: «Pasaron de prisa después de beber un poco de agua.» De este modo evadieron las pesquisas de los que les perseguían.

Aquitofél, despechado por no haberse seguido su consejo, ensilló su asno, volvióse á su ciudad natal, á Silo; arregló sus negocios y se ahorcó, pensando en todo, ménos en Dios y en su salvación. Traidor á su rey, muere despreciado, como morirá el traidor á su rey y á su Dios, Judas, de quien era figura Aquitofél (1).

(1) 2 Reg., 17, 1-23.

CAPÍTULO XXI

Peligro y libramiento de los hijos del gran sacerdote.—Derrota y muerte de Absalom.—Dolor de David.—Perdona á sus adversarios y recompensa á los suyos.—Rebelion de las once tribus.—Asesinato de Amasa.—Muerte de Séba y fin de la rebelion.—Expiación de las crueldades de Saul con los gabaonitas.—Bella conducta de David con los restos de Saul y de sus hijos.—Derrota de los filisteos.—Peligro que corre David.—Empadronamiento ilícito del pueblo.—La peste.—Súplica de David.—Fin del castigo.—David compra el terreno del templo.

David supo en seguida el aviso que le habían dado, y atravesando el Jordan con su pequeño ejército, acampó en Mahanaim, donde el patriarca Jacob encontró otra vez el campo de Dios cuando él temía á su hermano. Allí, tres personajes importantes, dos de Israel y el tercero de Sobi, hijo de Naas, ammonita, á quien David, segun una tradición de San Jerónimo, había hecho rey en lugar de su hermano Hanon, vinieron á traerle á él y á los suyos con mucha generosidad toda clase de viveres y provisiones.

Absalom les siguió con un ejército numeroso, y acampó en Galaad. David dividió los suyos en tres cuerpos, bajo las órdenes de Joab, Abisaia y Etai, de Geth. Quiso ir él mismo al combate, pero el pueblo respondió: «No ireis, porque bien sea que huyamos, ó que muramos, la mitad, ni creerán seguro su triunfo, ni se entregarán á la alegría y regocijo, porque vos solo valeis por diez mil. Es mejor que os quedeis para defender la ciudad.» El rey díjoles: «Yo haré lo que juzgueis más conveniente.» Se detuvo cerca de la puerta, y el pueblo salió dividido en bandos de ciento y de mil. Y el rey recomendaba á Joab, Abisaia y Etai: «Salvad á mi hijo Absalom.» Y todo el pueblo oyó al rey que recomendaba á Absalom á todos los jefes.

La batalla se dió en un bosque de grande extensión. El ejército de Absalom fué cortado en porciones, y él mismo, en su precipitada huida, quedó suspendido por la cabeza entre las ramas de una encina, en donde, pasando ade-

lante su mula, le dejó suspendido entre el cielo y la tierra. Un hombre se lo dió á Joab, el cual respondió: «Si tú le has visto, ¿por qué no le clavaste con tu espada hasta la tierra? Yo te habria dado diez monedas de plata y un tahalí (cinturon de que cuelga la espada).» Pero el hombre replicó: «Aunque me pusiérais en las manos diez monedas de plata, no pondria mi mano sobre el hijo del rey, porque nosotros hemos oido al rey que te recomendaba á tí, á Abisai y á Etai: «Salvad á mi hijo Absalom.» Y si yo hubiera hecho con peligro de mi vida una acción tan temeraria, no habria quedado oculta, y tú mismo te hubieras levantado contra mí.» «No se quedará así, replicó Joab, sino que yo le atacaré en tu presencia; y tomando tres venablos, hirió á Absalom en el corazon. Como aún respirara suspendido de la encina, dos jóvenes escuderos de Joab acudieron y le acabaron dematar. Inmediatamente Joab tocó la trompeta é hizo retirar al pueblo, á fin de que no persiguiera más á Israel, que huía, por no fatigar á la multitud. El cuerpo de Absalom fué arrojado á una gran fosa en el bosque, y cubierto con un monton de piedras. Su ejército se dispersó, y cada cual se volvió á su casa (1).

Así pereció este hijo desnaturalizado, que por satisfacer una loca ambición, no tuvo inconveniente en atentar contra el honor y la vida de un padre que le habia perdonado un fratricidio, y de afligir á su país con los horrores

(1) 2 Reg., 18, 1-17.